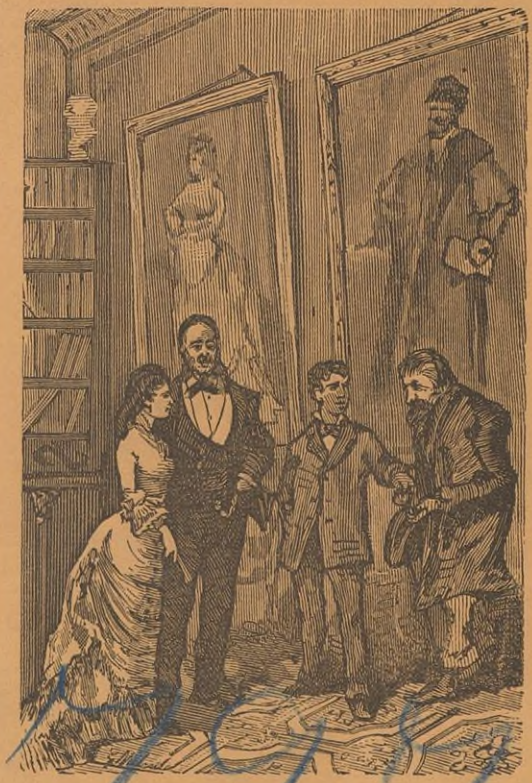
28 Octubre 78
20163
162-30

TEATRO DE SALON.

REPERTORIO DRAMÁTICO PARA NIÑOS Y JÓVENES.



EL ARTE DE SER FELIZ.

Dos reales.

L47 - 7087

C47-7087

EL ARTE DE SER FELIZ.

(Escena última.)

EL ARTE DE SER FELIZ.

FANTASÍA DRAMÁTICA

ORIGINAL

DE DON JOSE HERNANDEZ Y GONZALEZ.

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE E. CUESTA,
Calle de la Cava-alta, núm. 5.
1878.

PERSONAS.

Cecilia. . . . . Diez y ocho años.
Eduardo. . . . Diez y seis años.
Pedro. . . . . Sesenta años.
El Marqués. Cincuenta años.
Pascual. . . . Cuarenta años.

Una quinta en las cercanías de Madrid.—Año de 187....

Esta comedia es propiedad de D. Manuel Ossorio y Bernard, quien se reserva los derechos de impresion, traduccion y representacion. Queda hecho el depósito que previene la ley.

Reg.º f.º 462 - lib 30 -

ACTO UNICO.

Sala elegantemente amueblada: puerta en el fondo y otras dos á la izquierda.—A la derecha un balcon.—Entre las dos puertas de la izquierda una chimenea francesa.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO y PASCUAL. El primero aparece junto á la puerta del foro. El segundo, en primer término, cómodamente reclinado en una butaca y leyendo un periódico.

PASC. (Leyendo.) Cierto es. «La Hacienda española
está de peligro enferma.»
¡Oh! ¡Si viniera á mis manos! ..
PEDRO. (Tarde y mal saldria de ellas.)
PASC. La nacion es una casa,
y yo en gobernar la ajena
soy maestro.
PEDRO. (Haces la tuya
con lo que quitas en esta.) (Tose.)
PASC. (Volviéndose.) ¿Quién tose?
PEDRO. Yo, don Pascual.
PASC. ¿Qué haces aquí? Sálte fuera,
que estás el papel manchando
y el baldosin estropeas.
PEDRO. Hablar con usté queria.
PASC. Cuando los señores vuelvan
te iré á buscar.

PEDRO. Hace poco
que se fueron....
PASC. Eres pelma
si los hay. Dí lo que quieres
y acaba pronto.
PEDRO. En mi tierra
tengo una pobre casita....
para mí un palacio. En ella,
dos séres hay que me aguardan
con cariñosa impaciencia.
Yo estoy enfermo, soy pobre:
mi muerte tal vez se acerca,
y ya en bendecirlos tardo.
PASC. Pero, ¿á qué viene toda esa
música?
PEDRO. Usted es el todo
en casa, y con su influencia
podria conseguir....
PASC. Nada.
PEDRO. ¡Oh! La limosna postrera;
que el señor me costease....
PASC. ¿Has perdido la cabeza?
¡Lo menos pides cien duros!
Y en las circunstancias estas....
¡Bah, bah! A dormir. No estás bueno.
(Empieza á tronar.)
Calle.... No me engaño.... Truena.
Vete, vete pronto.
PEDRO. (Este hombre
tiene el corazon de piedra.)

ESCENA II.

DICHOS, CECILIA y EL MARQUÉS.

MARQ. ¿Qué es eso? ¿Estais disputando?
PASC. Pedro, señor, que chochea. (Se oye otro trueno.)

CECILIA. ¡Jesus! ¡Qué tarde se ha puesto!
Se necesita paciencia
para vivir en el campo.
MARQ. (Con ironía) Tal vez en Biarritz no llueva
como aquí. (Se oye llover con fuerza.)
CECILIA. Si me descuido
un poco, me pongo buena.
¡Mire usted qué chaparron!
PASC. Es verdad. ¡Y cómo aprieta!
CECILIA. (A Pascual.) Por lo demás, en Biarritz,
haga el temporal que quiera,
hay soirées, amigos, bailes,
una vida, en fin, risueña;
mientras que aquí, de fastidio
me estoy muriendo y de pena.
MARQ. Porque no luces tus trajes
y los pollos no te cercan,
ni hablan de tí los periódicos.
A mí esta vida me sienta,
en cambio, muy bien.
CECILIA. Me marcho,
porque la humedad no es buena
y estoy chorreando.
MARQ. ¡Una gota!
CECILIA. ¡Hum! ¡Qué casucha tan fea! (Se va.)

ESCENA III.

DICHOS, menos CECILIA.

PASC. (A Pedro.) ¡Aun estás aquí! ¡Qué hombre!
MARQ. ¿Ya volveis á la pendencia?
Los dos estais muy pesados.
PEDRO. Perdone usted, mas quisiera
decirle cuatro palabras.
MARQ. Ya te escucho.

PASC. (Aparte.) Es mucha tema.
PEDRO. Señor, estoy muy enfermo,
y me acaba la tristeza
de pensar en que la muerte
mis tristes dias sorprenda
lejos de mi casa.
MARQ. Pedro,
¿quién tales bobadas piensa?
PEDRO. Cuando el corazon lo siente
y lo afirma la cabeza....
PASC. Como la tuvieras sana
y ocupada en tus tareas,
durmiendo tres horas menos
no soñaras tal quimera.
PEDRO. Dios le perdone. Yo abrigo
de mi muerte la evidencia,
señor; quiero ir á mi casa;
quiero abrazar á mi buena
mujer, al hijo querido
que mi bendicion espera,
y que al lado de mis padres
guarde mis huesos la tierra.
MARQ. Despues que te pongas bueno,
cuando recobres las fuerzas,
se tratará de ese asunto.
Mientras tanto, ten paciencia,
y haz por curarte, cumpliendo
con lo que el médico ordena.
PEDRO. Luego, ¿no tengo esperanza?...
(¡Oh! iré como las culebras,
arrastrando; iré pidiendo
limosna de puerta en puerta.)

ESCENA IV.

EL MARQUÉS, PASCUAL y CECILIA.

CECILIA. ¡Papá!
MARQ. ¿Qué quieres?
CECILIA. He visto
un pobre chico aquí cerca....
(Asomándose al balcon.)
Tambien se le ve desde este
balcon. Parece de piedra.
MARQ. (Mirando tambien.) Bajo un árbol se cobija.
CECILIA. Pero el aguacero arrecia;
se está poniendo perdido.
MARQ. Es cierto.
CECILIA. Y no pestañea.
Vuelve la vista hácia casa
mirando con insistencia....
PASC. ¡Si querrá el necio acercarse!
MARQ. Ya lo creo. ¡Cuánto diera
por estar bajo techado
y tener la ropa seca!
Con eso feliz seria.
CECILIA. Pues, papá, manda que venga;
la curiosidad de oirle
confieso que me impacienta.
MARQ. Vé tú, Pascual, á buscarle.
PASC. Yo, señor.... piense vuecencia
que será un granuja, un tuno
que andará de ceca en meca
merodeando....
CECILIA. Obedece
y calla.
MARQ. Dice bien.
PASC. Sea. (Vásc.)

ESCENA V.

CECILIA y EL MARQUÉS.

CECILIA. Mientras tanto, iré á vestirme.
Ya verás, seré ligera.
MARQ. Pues antes, ¿no fuiste á eso?
CECILIA. Cierto; pero con la escena
del muchacho distraida
no lo hice, y ahora es fuerza
presentarme....
MARQ. ¡Vanidosa!
CECILIA. No es vanidad, es decencia (Sale.)

ESCENA VI.

MARQUÉS, PASCUAL y EDUARDO. Este viste de camino con cierta gracia; pero sin lujo y en sus modales revela educacion y desenvoltura. Este papel deberá desempeñarlo una señorita.

PASC. (Guiando á Eduardo.) Por aquí.
EDUARD. Muy buenas tardes.
MARQ. Bien venido á casa sea.
(Guapo muchacho.) Pascual,
déjanos solos, y ordena,
para que el señor se seque,
que enciendan la chimenea,
(Pascual se retira y en seguida viene Pedro y enciende la chimenea durante la escena VII.)

ESCENA VII.

EL MARQUÉS y EDUARDO.

MARQ. Siéntese usted.
EDUARD. Mal hiciera,
que estoy en verdad calado;
digno de estar colocado
tan solo en una sopera.
No sé cómo agradecer
su bondad.
MARQ. Tomando asiento
y descansando un momento.
EDUARD. Gracias; mas no puede ser.
Pronto me iré.
MARQ. No hará tal
ó quedaré autorizado
á creer que se ha encontrado
en esta su casa mal.
EDUARD. Tan discreta cortesía
evidencia mi ignorancia.
Yo me encuentro en esta estancia
mucho mejor que en la mia.
MARQ. Galante es usté.
EDUARD. Soy franco,
nadie negarme podrá
la diferencia que va
de una quinta á un sotabanco.
MARQ. De discrecion es modelo
quien niño habla de ese modo....
EDUARD. Obra es de mis padres todo.
MARQ. ¿Los tiene usted?
EDUARD. En el cielo.
MARQ. ¡Huérfano!
EDUARD. Y pobre.

MARQ. Familia
tendrá usted.
EDUARD. En cada hombre
á quien de hermano doy nombre.
MARQ. (Así solo se concilia
con su libertad su genio).
Su situacion me demuestra
que la desgracia es maestra
en avivar el ingenio,
y porvenir de gran brillo
tendrá estudiando.
EDUARD. No obstante,
solo tengo de estudiante
el corazon y el bolsillo.
MARQ. Será usted....
EDUARD. Soy aprendiz
de un arte el mas escabroso,
el mas difícil y hermoso:
el arte de ser feliz.
Poseo una renta escasa
que me da todos los años
unos cuantos desengaños,
poco pan, penas sin tasa,
y he dicho: no te contentes
llorando en los patrios lares:
cruza los inmensos mares,
visita los continentes,
y no detengas tu vuelo
mientras con brios de mozo
puedas correr tras el gozo,
si existe gozo en el suelo.
MARQ. Extraño empeño en verdad.
Buscar la dicha.... ¿y en dónde?
EDUARD. Sabré si de mí se esconde,
hallarla es mi voluntad.
MARQ. Permita usted que me asombre

tan pueril deseo, pues
con poco dichoso es
el niño, con nada el hombre.

EDUARD. En averiguarlo fundo
grata ilusion y por esto
á correr estoy dispuesto
las cinco partes del mundo.

MARQ. (Con arrogancia desdeñosa.)
Sin que se aparte de aquí
su dicha puedo hacer yo.

EDUARD. (Picado.) Mucho me temo que no.

MARQ. Mucho confio en que sí,
y pues no se pierde nada
aclarando esta porfía,
dejemos, por vida mia,
alguna cosa apostada.

EDUARD. No puedo entrar en el trato,
pues soy pobre y....

MARQ. Convenido
quede, que guarde el vencido
del vencedor el mandato.

EDUARD. No aceptar fuera indiscreto;
pero, ¿cómo se evidencia
lo que solo mi conciencia
puede decirme en secreto?

MARQ. Me basta la confesion
de usted, que entre hombres honrados
mas que papeles firmados
las propias palabras son.

EDUARD. La doy, pues en ella fia
quien obligado me tiene
á mostrar como conviene
lo que es la palabra mia.

MARQ. Corriente. Desde este instante
su porvenir está fijo,
porque le adopta por hijo

el marqués de Bustamante.

EDUARD. (Confundido.) ¡Ah! Señor, tan generosa
distincion pagar quisiera
con mi sangre si pudiera.

MARQ. (Con burla.) De que la vierta no es cosa
y antes quiero que la ahorre,
pues la tengo aprecio tal,
que la estimo por igual
á la que en mis venas corre.
Desde hoy viva sin cuidados
que su fortuna endereza,
regalándole nobleza
blasones, oro y criados.
(Hace sonar un timbre y aparece Pascual.)

ESCENA VIII.

DICHOS y PASCUAL.

EDUARD. (¿Es esto burla ó mudanza
de la suerte? ¿Es vida ó sueño?)

MARQ. Pascual.

PASC. Señor.

MARQ. A este jóven,
que se considere quiero
como á mí mismo ¿lo entiendes?
Que á obedecerle dispuestos
estén todos los criados,
y sea de todos dueño.

PASC. Muy bien.

MARQ. ¡Ay del que le falte!
¡Ay del que le ofenda necio!
(A Eduardo.) Y tú, que ya entre nosotros
no cabe otro tratamiento,
pide, ordena, manda y toma
lo que cuadre á tus deseos.

(Aparte.) Voy á decir á Cecilia
lo que pasa, y que su ingenio
me ayude á alcanzar victoria
de este gentil rapazuelo.

ESCENA IX.

EDUARDO y PASCUAL.

PASC. (El señor se ha vuelto loco.)
EDUARD. (Parece de hadas un cuento.)
PASC. Señorito....
EDUARD. (Irse despacio
conviene, que caso nuevo
es este y hallar pudiera
para mi dicha tropiezo.)
PASC. Señorito....
EDUARD. Ah: ¡Qué! ¿Quién eres?
PASC. El mayordomo, el mas viejo
de los criados, el jefe
natural de todos ellos,
que viene á ver lo que manda,
siempre á servirle dispuesto.
EDUARD. Muchas gracias.
PASC. (Es preciso
adular á este muñeco.)
¡Gracias porque un deber cumplo,
y deber grato en extremo!
EDUARD. ¿Sí? Pues la razon no alcanzo ...
PASC. Cuando el que nos manda es bueno
y á su lado se disfruta
tranquilidad y sosiego,
y en sus modales se aprende,
y se goza con su ingenio....
EDUARD. Al señor marqués sin duda
se refiere todo eso

PASC. Y á usted.
EDUARD. ¡A mí! ¿Desde cuándo
me conoces?
PASC. Yo me atengo
á que á los ojos el alma
se asoma como á un espejo,
y la de usted es hermosa,
angelical.
EDUARD. ¡Eh! silencio:
que adulaciones sin causa
son como excusa sin tiempo.
PASC. (Mal carácter tiene el mozo.)
Servirle solo es mi intento.
EDUARD. Pues tráigame un vaso de agua.
PASC. Perdone usted; voy corriendo
á llamar á Antonio, para
que mande subir á Diego....
EDUARD. ¿Y á qué fin?
PASC. ¿Pues no me ha dicho
que le trajera agua?
EDUARD. Cierto;
pero á usted se la he pedido,
á usted y no á Juan ni á Pedro.
PASC. La costumbre de la casa....
la dignidad de mi empleo....
EDUARD. Está bien. Usté perdone.
No tengo sed. Un tintero
quisiera, si es que no tiene
que cansar á un regimiento.
PASC. Iré á buscarle en persona,
aunque mi decoro ofendo.
EDUARD. Pues suprima usté la ofensa,
me basta mi lapicero. (Escribe en su cartera.)
Necesito que al instante
vaya á Madrid, y este pliego
entregue á quien dice el sobre

con el posible secreto.

PASC. ¡A Madrid! ¡Pues ahí es nada!
Dispénse usté: del cochero
es este cargo y no mio.

EDUARD. Mayordomo del infierno,
¿para qué sirves entonces?

PASC. Pesa sobre mí el manejo
de la casa.

EDUARD. ¿Y qué manejas?
¿En qué consiste ese peso?

PASC. Tomo las cuentas.... Dispongo....

EDUARD. ¡Cuentas das! bien. Yo me precio
de entender alguna cosa.
Tráelas.

PASC. No viene ahora á cuento.
El señor marqués ha visto
la última muy satisfecho.

EDUARD. No importa Quiero yo verla.

PASC. ¡Válgame Dios y qué empeño!
(Le da un papel.)
Tenga usted, pues casualmente
en el bolsillo la llevo.

EDUARD. Hombre, hombre, ¡siete levitas!
¿Es contrata del gobierno?
¡Pues no es nada lo que sube
la cuenta de los plateros!

PASC. Las alhajas valen mucho.

EDUARD. ¿No han de valer? Ya lo creo.
(¡Hum! Ya estás tú buena alhaja
segun todo lo que observo.)
(Vuelve á leer.) Modistas.... cuatro talleres
sostiene el marqués lo menos,
y albañiles todo el año,
y artistas, y.... con un sueldo
como ministros. Si es este
tu decantado gobierno,

pedirá el marqués limosna
á tus ricos herederos.

PASC. ¡Oh! Mire usted que me ultraja.

EDUARD. Este sí que es manifiesto
(Señalando las cuentas.)
ultraje y probada ofensa.

PASC. El mandar no da derecho....

EDUARD. De hurto las cuentas te acusan.

PASC. No apure mi sufrimiento....
que soy capaz....

EDUARD. ¡Me amenazas!
Cuenta con hacer un gesto,
y por el balcon te arrojo
si pestañeas.

PASC. No. (Tiemblo
no lo haga como lo dice;
lo mejor es huir el cuerpo.) (Se retira.)

EDUARD. Solo en mi vida á este hombre
mandé, y me causó despecho.
Tener criados es dicha
mas corta que el no tenerlos.

ESCENA X.

EDUARDO y EL MARQUÉS.

MARQ. Héme de vuelta. Aburrido
estarias con Pascual,
mi mayordomo.

EDUARD. No tal.

MARQ. ¿Te ha dejado complacido?
¡Es mucho hombre!

EDUARD. ¡Vaya! Mucho;
pero mientras viva aquí,
los criados para mí
están de sobra.

MARQ. ¡Qué escucho!
EDUARD. Ya hablaremos otro rato.
MARQ. Corriente.... (Cosa mas rara.)
Vamos, alegra esa cara,
que de regalarte trato.
Como cumple á un caballero
debes dar honra á la casa
gastando el oro sin tasa.
Ten por ahora. (Le da un portamonedas.)
EDUARD. (Con disgusto.) ¡Dinero!
MARQ. Te suspende y maravilla....
Las cosas están de modo,
hijo, que lo dobla todo
en el mundo una doblilla.
EDUARD. Que me ha turbado confieso,
robándome mucha calma.
Parece que esto da al alma
poca dicha y mucho peso.
MARQ. Fuente de eterna delicia
el oro al hombre procura.
EDUARD. Manantial es de amargura,
la espuela de la avaricia.
MARQ. Quien va con el rey da ley
que obedece el mundo entero,
y quien va con su dinero
lleva en el bolsillo al rey.
Hábil comerciante el oro,
sabe sacar al mercado
el corazon mas guardado,
el mas severo decoro.
EDUARD. Mercader es cuya cuenta
causa al comprador disgusto,
si con rubor paga el gusto
y con lágrimas la afrenta.
MARQ. Sed de oro á los hombres guia
y no apagarla es locura.

EDUARD. Sed que jamás tiene hartura
y acaba en hidropesía.
MARQ. Tras él van con aficion
el sabio, el hombre de ciencia....
su bondad esto evidencia.
EDUARD. Tambien tras él va el ladron.
MARQ. De rudo servicio exime
al mozo, y su madre es tal,
que reverencia el metal
con que su sangre redime.
EDUARD. Pero en empresas mas rudas
hace siglos que con gusto
venden la sangre del Justo
los descendientes de Judas.
MARQ. Saca el oro de un empeño
difícil.
EDUARD. Cosa es muy vista
que dé fin el prestamista
con el oro y con el dueño.
MARQ. Causa gozo.
EDUARD. Y sacrificio.
MARQ. Da holgura.
EDUARD. Y necesidades.
MARQ. Y respeto.
EDUARD. Y vanidades.
MARQ. Sirve á la virtud.
EDUARD. Y al vicio.
(Devolviéndole el dinero.)
Y en fin, que vuelva á guardarlo
es razon, pues solo espero
tener con este dinero
peligro de malgastarlo.
MARQ. Voy, pues lo quieres así.
(Tomándolo.) (Ya solo mi ingenio alcanza
en Cecilia su esperanza.
Voy á encaminarla aquí.) (Se retira.)

ESCENA XI.

EDUARDO.

¿Del marqués la dicha es esta?
¿De ser feliz no hay mas medio?
¡Pobre señor! Sin remedio
le voy á ganar la apuesta.

ESCENA XII.

EDUARDO y CECILIA.

EDUARD. (Imágen tan hermosa
no ví ni en sueños.)
CECILIA. (Es tan gentil el mozo
como travieso.)
EDUARD. Causa mi dicha
ver la mas bella joya
que hay en la quinta.
CECILIA. De la lisonja frases
finge ya el jóven.
EDUARD. ¡Fingir! Ninguna hermosa
me dió lecciones.
No sabe de eso
quien no cursa en las aulas
del fingimiento.
No sé qué oculto fuego
brotó al mirarla,
que el corazon me quema,
que agita mi alma;
que á usted me impulsa,
y que me rinde esclavo
de su hermosura.
CECILIA. Amor que tan deprisa

se manifiesta,
es agua en canastillo,
es débil niebla.

EDUARD. ¡Ah! ¡No prosiga....
que fuego no se enciende
con una chispa!
No sé qué luz inunda
desde hoy mi vida;
qué encanto la adormece;
qué hechicería
á usted la une;
porqué me desespera
dolor tan dulce.
Dolor es, bien he dicho,
que me encadena,
daño el que sufro viendo
tanta belleza.
Dolor y daño
que por mas que me duelen
no los rechazo.

CECILIA. Si se queja de hechizos,
agua bendita
es remedio seguro
de hechicerías;
y si en mí hay culpa,
vaya el dolor en gracia
de su dulzura.
Si mi vista le agrava,
mire á otra parte,
ó pruebe si mejora
mudando de aires;
que yo no quiero,
en conciencia, ser causa
de que esté enfermo.

EDUARD. Bien merecidas burlas
me desengañan.

CECILIA. ¿Son sus amores ciertos?
¿Son frases vanas?
EDUARD. ¡Hable mi pecho!...
CECILIA. Amor es mas voluble
cuanto es mas nuevo....
¿Qué pruebas le fiaran?
EDUARD. Mi propia sangre
si usted me la exigiera....
CECILIA. Yo tengo padre.
EDUARD. Si con él cuento,
si á sus plantas me postro,
¿podré?...
CECILIA. Veremos.
EDUARD. Espero para hablarle
me dé licencia.
CECILIA. Tendré al fin que otorgarla
si usted se empeña.
EDUARD. ¡Mi bien, mi encanto!
(Corazon, no te agites...)
CECILIA. (Aparte.) ¡Pobre muchacho!
EDUARD. Del marqués voy en busca. (Se retira)
CECILIA. Al fin va loco;
amores y mujeres
lo pueden todo.
¡Ay, pobrecillo!
Da lástima engañarle
siendo tan niño.

ESCENA XIII.

CECILIA y EL MARQUÉS.

MARQ. ¿Qué tal marcha nuestro asunto?
¿Vencerás?
CECILIA. Victoria canto.
MARQ. Tan pronto no lo esperaba;

las mujeres sois el diablo.

CECILIA. De aquí se marchó ahora mismo
buscando á usted, y es extraño.. .

MARQ. ¡Si no conoce la casa!
Me estará en balde buscando.

CECILIA. Es verdad, he sido torpe;
pero si llevaba un paso
y una prisa....

MARQ. Es una alhaja,
un portento ese muchacho.
Quiso mi vana experiencia
luchar con sus pocos años,
mas, á la luz de su ingenio,
se halló del triunfo cercano.

CECILIA. Conmigo ha sido mas débil.
Por mí vencido, humillado,
no disimula su dicha,
causa de amante entusiasmo.

MARQ. Confieso que las mujeres,
maestras en artes de encanto,
lograis cosas que parecen
irrecusables milagros.

CECILIA. ¡Bah! No merece la pena
triunfo de valor escaso,
que ni divierte mis ocios;
que es el objeto tan bajo,
que más que gusto en decirlo
tendré rubor y reparo.

MARQ. Cecilia, Cecilia, temo
que de tu orgullo insensato
has de recoger el fruto,
y serte pudiera amargo.

CECILIA. Creí llenar sus deseos.

MARQ. Tal vez no quise yo tanto,
que me pesaria mucho
verle por tí desgraciado.

ESCENA XIV.

DICHOS y EDUARDO.

EDUARD. (Sombrío.) ¡Cuán presto á las ilusiones
suceden los desengaños!
MARQ. Me han dicho que me buscabas.
EDUARD. Es cierto. Hace poco rato
salí de aquí, con el alma
llena de dulce entusiasmo.
MARQ. El tono con que lo dices....
más que de gozo es de llanto.
EDUARD. Es verdad; fingir no puedo,
que el corazon en pedazos
dentro de mi pecho estalla
de dolor.
MARQ. ¿Qué nuevo caso
lo motiva? (A Cecilia.) ¿Tú le entiendes?
CECILIA. No señor, antes lo extraño.
EDUARD. Pues bien; impaciente y loco
llegar quise á su despacho.
La casa no conocia,
perderme era necesario;
y ¡Dios sabe hasta qué punto
me perdí!
CECILIA. (¿Qué será?)
EDUARD. Al cabo
llegué á una estancia adornada
con exquisito cuidado.
De flores mil el aroma
perfumaba aquel espacio.
Ví un tocador y un espejo
entre encajes y bordados,
y envidia tuve á la luna
que refleja hechizos tantos.

CECILIA. (Tiemblo á mi pesar.)
MARQ. Y luego....
EDUARD. Hallé una carta, un retrato,
y en amorosos detalles
un mundo de desengaños.
Vacilé al verlos un punto....
sentia mis ojos faltos
de luz, y de aire mi pecho;
cogí la carta temblando,
que abierta me convidaba
á prescindir de reparos;
pero al gustar su ponzoña
quemó mi mejilla el llanto.
CECILIA. (Al Marqués.) No le crea usted.... le engaña....
Yo diré á usted mas despacio....
EDUARD. ¡Oh! Déme usted su licencia,
que lejos de aquí me marcho.
Alegre entré, me voy triste;
bueno vine, enfermo salgo
de peligro, porque llevo
en el corazon el daño.
Entré con grata sonrisa,
voy.... con señales de llanto.
Yo se lo perdono todo....
hasta la apuesta que gano.
MARQ. Espera, que aun no has vencido,
y aunque llevaras el lauro,
no has de salir de mi casa
con quejoso desagrado.
Jóven eres, tienes genio,
y yo poder soberano
para llevarte á la cumbre
de la gloria. Si entusiasmo
tienes por las armas, dilo,
y en breve saldrás al campo,
que yo he de ser quien te premie

y el premio no será escaso.

CECILIA. ¡A quién la gloria no admira
de los Cides y Gonzalos!

EDUARD. El Gran Capitan.... ¿No es ese
el de las cuentas?

MARQ. Sí.

EDUARD. En pago
de que ganó mas batallas
que el rey tuviera ducados,
de que aumentó su corona
con dominios y vasallos,
con un vulgar despensero
se le confundió en ruin trato.
Perdonad, glorias no ansío
sujetas á los palacios,
que allí se siembran lisonjas
y suelen nacer ingratos.

MARQ. Entonces sigue la senda
que conduce hasta el Parnaso.

CECILIA. En la patria de Cervantes
es ese camino llano.

EDUARD. Pan que en el rincon se come
de un oscuro sotabanco,
agua que mezclada llega
con lágrimas á los labios,
hechizos son que convierten
todo lo dulce en amargo,
fuego que seca y consume
del corazon los pedazos:
Gloria y dicha en este mundo
son decididos contrarios.

ESCENA XV.

DICHOS y PEDRO.

PEDRO. (Aquí está. Resolucion.)
MARQ. ¿Qué quieres?
CECILIA. Sernos molesto
como siempre
PEDRO. Por supuesto.
¡El que implora compasion!...
EDUARD. ¡Pobre anciano! ¿Qué te pasa?
PEDRO. Señor, con razon me aflijo,
que tengo en mi casa un hijo
y no puedo ir á mi casa.
EDUARD. ¿Pues quién te lo impide? Vé.
PEDRO. Permiso á nadie pidiera
si viejo y todo pudiera
seguir el camino á pié.
CECILIA. Pedro sueña.
MARQ. Sí. Hace un año
que con delirio creciente
indicios da de demente.
PEDRO. No está en la cabeza el daño.
CECILIA. Sí tal.
MARQ. Merece respeto
quien de la ciencia habla en nombre;
y el médico....
PEDRO. Al fin es hombre
y vive al error sujeto.
EDUARD. Habla, que aunque pobre y niño
dar puedo á tu corazon
la miel de la compasion
y el bálsamo del cariño.
PEDRO. Señor, en mi pobre aldea

tengo una choza escondida
donde pasé dulce vida
en inocente tarea.
Un huerto tiene cercano,
herencia de mis mayores,
que da entre pintadas flores
fruto en sazonar temprano,
y era mi único desvelo
su cultivo, sin que viera
otros horizontes fuera
de aquel pedazo de suelo.
De santa esposa al cariño
debí un hijo, he dicho mal,
que fué un ángel celestial
con la apariencia de un niño.
Allí los tres santa calma
tuvimos, y años risueños
gozando en tranquilos sueños
la paz bendita del alma,
hasta que nació en la mia
inquietud vaga y punzante,
que iba creciendo constante
conforme el niño crecia.
Al corazon lacerado
una voz secreta dijo:
—Pedro, tú tienes un hijo:
darás al rey un soldado,—
y aquella voz inhumana
hizo con soplo candente
nacer un surco en mi frente
y en mi cabeza una cana.

MARQ. Ceja ya en esa porfía.

CECILIA. Si así relatas la historia....

PEDRO. Perdone usted, su memoria
me enloquece y me extravía.
Al fin me dije: haragan.

¿Puedes tener buen pretesto
para ocupar aquí un puesto
y holgando comer el pan?
Mira que tú no eres rico
y harás aunque mal te cuadre
que muera esa pobre madre
si se la llevan al chico.
Tú eres zafio, pero fuerte,
resistirás mucho peso
y alguno en Madrid con eso
labrar consiguió su suerte.
Una noche.... me escapé.
Un beso por despedida
en la tierra humedecida
con mis lágrimas dejé,
y pensando en mi hijo mozo
seguí á Madrid caminando,
sonriendo al par que llorando
de sentimiento y de gozo.

MARQ. (Conmovido.) ¡Pedro!

CECILIA. (Con impaciencia.) Si afligirnos quieres
sigue.

PEDRO. Vencí mi desidia.

EDUARD. Me estoy muriendo de envidia
por no ser yo quien tú eres.

PEDRO. Trabajé mucho, sudé,
me quité el pan de la boca
soñando con ansia loca
en el dinero que ahorré,
mas cuando hube reunido
la suma tan codiciada,
cuando á mi pobre morada
volvia de gozo henchido,
no sé qué funesto mal,
triunfando de mi despecho,
me arrojó insensible al lecho

piadoso de un hospital.
La muerte acabar no pudo
mis dias, que lo sentí,
porque en la calle me ví
enfermo, loco y desnudo.
Compasivo y generoso
me acogió el marqués.

MARQ. ¡Eh! Al hecho.

PEDRO. Pero hoy batalla mi pecho
con dolor mas angustioso.
(Con angustia creciente.)
Está la quinta cercana,
y mi hijo, sin redimirle,
sin poder ni aun bendecirle
irá á la guerra mañana.
¡Piedad para el pobre padre,
que no sin razon me aflijo!
¡Me va á despreciar mi hijo!
¡¡Me va á maldecir su madre!!

EDUARD. No llore usté ¡voto á san! (Con entusiasmo.)
Iremos los dos volando.

MARQ. ¿Cómo has de ir?...

EDUARD. ¿Que cómo?... Andando,
que así muchos pobres van.

PEDRO. ¡Si yo.... no puedo!

EDUARD. Eso atrasa
la llegada, lo convengo;
mas jóven soy, hombros tengo
para llevarle á su casa.

PEDRO. Adios mi esperanza incierta.

EDUARD. ¿Y por qué tan rudo afan?
¿Qué ha de faltarnos? ¿El pan?
Se pide de puerta en puerta.

PEDRO. Pero mi hijo. ..

EDUARD. Ya en esto
he pensado y dí en la maña

¿á qué voy yo á la montaña:
si no es á ocupar su puesto?

PEDRO. ¡Oh! ¡Es un ángel!

EDUARD. ¡Qué injusticia!
Si lo hago por egoismo....
Diciendo estaba ahora mismo
que es mi encanto la milicia.

MARQ. (A Cecilia.) Me llena de admiracion

CECILIA. Poco á mi me satisfacen
sus fuerzas.

EDUARD. Las fuerzas nacen,
señora, del corazon.
Vamos, pues.

MARQ. Justo es que esperes,
que ayudar tu empresa quiero.
Aunque es tan malo el dinero,
(Le ofrece un bolsillo.) tuyo es esto si lo quieres.

EDUARD. ¡Ah! sí. Toma, feliz padre.
(Toma el dinero y lo da á Pedro con gozo extraordinario.)

PEDRO. ¡Cómo pagar!...

EDUARD. Nada exijo:
vé á compartir con tu hijo
los abrazos de su madre.

PEDRO. (Con efusion.) ¡Gracias!

EDUARD. ¡Cuán poco me cuesta
su dicha!

MAR. ¿Y qué? ¿Será sola?

EDUARD. No, soy feliz.

MARQ. (Conmovido.) ¡Hola, hola!

EDUARD. Es verdad. Perdí la apuesta.

MARQ. Pues bien, arrogante niño,
te impongo por condicion.....

EDUARD. ¿Cuál?

MARQ. Que en ese corazon
me guardes filial cariño.

EDUARD. ¡Siempre!
MARQ. Tu padre seré.
EDUARD. ¡Señor!
MARQ. Calla, si ahora mismo
lo has dicho; por egoismo
tu porvenir fijaré,
que adormecida al arrullo
de tu amor el alma mia,
por tí sentirá algun dia
santo y legítimo orgullo.
EDUARD. (Al público.) Es breve y sencillo el arte
que os enseño; en conclusion,
teniendo buen corazon
se aprende en cualquiera parte.

FIN DE LA COMEDIA

LOS FRUTOS DE LA TIERRA.

POR D. LUIS ALVAREZ ALVISTUR.

Esta obra, fruto de los conocimientos científicos y experimentos prácticos del autor, se halla enriquecida con unos 40 grabados que ilustran su texto. Forma un

tomo en 8.°, y puede adquirirse haciendo los pedidos á D. Manuel Ossorio y Bernard,

Calle del Ave-María, 37-39, principal.—Madrid.

Precio del ejemplar: 8 rs.

Los señores Libreros obtendrán la rebaja del 25 por 100.

Pago anticipado precisamente.

Tambien se sirven en igual forma los pedidos que se hagan de las demás obras del Sr. Alvarez Alvistur: *Conferencias agrícolas*, 10 y 12 rs.—*Colmenas de tres cuadrados*, 4 rs.—*Las granjas-modelo*, 2 rs.

Imp. de E. Cuesta, Cava-alta, 5.